

traer otras naciones al gremio de la Iglesia; porque había dado Dios Nuestro Señor á este su siervo y operario evangélico una gracia y afecto de padre y de madre tan tierno para con los indios que doctrinaba, que los cautivaba y sujetaba al suave yugo de Cristo y doctrina del Evangelio. Y sucedía que muchas mañanas, niños y niñas se juntaban á rezar las oraciones y el Catecismo á la Iglesia; madrugando primero, poniéndose á la puerta de la casa del Padre, y darle en su lenguaje los buenos días; y hecho esto se iban luego á rezar á la iglesia, de que recibía tantos júbilos de alegría el Padre que los había engendrado en Cristo, que se le oía decir que le parecía estar entre los ángeles del Cielo. Tales frutos como estos fueron los que cogió en estas naciones el Padre Pedro Mendes.

Bien pudiera este ministro evangélico contentarse con haber trabajado en estas misiones casi cuarenta años, padeciendo innumerables fatigas de andar caminos en una tierra de soles y calores tan ardientes, y de soledad sin compañía alguna, que tal vez, como después diremos, se vió en ocasiones próximas de perder la vida, á que se añadía el ser de edad de 70 años. Todo lo cual parece que pedía, que como soldado, emérito y jubilado, descansara en algún Colegio ó casa de la Compañía, ó ya que eso no fuera, descansara por lo menos en alguno de los partidos ó misiones que había doctrinado y fundado, gozara del fruto de sus sudores y afanes, y comiera (como dicen) del trabajo de sus manos, y viviera entre los que ya le conocían y amaban como á Padre. Pero todo esto no fué poderoso para entibiar ó enflaquecer el ardiente espíritu que Dios había comunicado á este su siervo de ayudar á la salvación de pobres indios, y extender la divina gloria y conocimiento en todas las naciones que vivían en la sombra de la muerte. Sucedió, pues, que una de estas naciones que estaba veinte leguas adelante del río Otiaquis, donde había trabajado el Padre Pedro Mendes, por tiempo de cuatro años, cogiendo los abundantes frutos que arriba quedan dichos, pidiese Padres que fuesen á sus tierras y pueblos y les llevasen la palabra de Dios (términos de que usan estos indios cuando se quieren hacer cristianos), y así, después que lo son, y cuando se exhortan á vivir como tales, suelen decir á voz en cuello en los sermones que usaban: «Ya ha llegado la palabra de Dios á nuestra tierra;» luego, pues, que el Padre Mendes entendió que los Sisibotaris (así se llamaba la nación que pedía fuesen Padres á sus tierras) estaban en disposición de hacerse cristianos, alborozado su espíritu y lleno de gozo se ofreció á la empresa, y no reparando en que se obligaba de nuevo á muchos trabajos de labrar una selva de inculta gentilidad, y entre estos trabajos el de aprender en su anciana edad una nueva lengua diferente de las que había aprendido; pospuesto todo esto al bien que podía hacer en aquellas almas, se ofreció á la nueva empresa; y dándole los superiores licencia, y ordenándole que se encargase de ella, se partió luego para esta misión, con tanta alegría y aliento, como si entonces comenzara á trabajar, con haber casi cuarenta años que se había ocupado en domar tantas naciones bárbaras sujetándolas al suave yugo de Cristo. De suerte fué esto, que siendo el término donde llegaba la doctrina y conversión de las naciones de Sinaloa, cuando llegó á ella el Padre Pedro Mendes, de solas diez y siete leguas, él la adelantó hasta ver extendida nuestra santa fe, otras cien leguas más adelante, y levantó casi veinte iglesias en pueblos di-

ferentes y partes donde no había sido conocido el nombre de Dios. Y supimos los que conocimos á este santo misionero, que fué tal el fervor de su espíritu y celo santo del bien de sus prójimos, que en los tan largos viajes como los que tantas veces hizo de ida y vuelta á Sinaloa, y en los pueblos de indios por donde pasaba (como sabía la lengua mexicana), no perdía ocasión de ayudar con pláticas y confesiones á la salud de sus prójimos. Y finalmente, en esta su última misión de los Sisibotaris, como ya era tan insigne y experimentado operario evangélico, fueron tan señalados y prósperos los frutos que cogió con su doctrina, que cuando entró después otro Padre á esta misión, viendo y experimentando cuán aprovechados en cristiandad estaban aquellos nuevos cristianos, decía: «bien se os echa de ver el maestro y apóstol que os enseñó la doctrina del Evangelio.» Y aun todavía nos queda por decir del último empleo que tuvieron sus ancianos y postreros años, para cuando escribamos del término de su santa muerte.

§ V.

*De los peligros grandes de perder la vida
en que se vió el Padre Pedro Mendes, por la predicación
del santo Evangelio.*

Grandes y muchos fueron los deseos de este santo varón de ser participante de la gracia del martirio, y dar su vida por Cristo y por la predicación de su santo Evangelio, y ya que no le concedió Nuestro Señor que por tan dichosa causa con efecto derramase su sangre como lo deseaba, pero concedióle su divina bondad, que no sólo una vez, sino muchas, le ofreciese su vida y se viese á grandes riesgos de perderla por dilatar su gloria, y darlo á conocer á todas las naciones del mundo. Y porque si quisiéramos escribir dilatadamente de esta materia fuera alargarnos demasiado, nos recogeremos en ella escribiendo los casos más singulares que por esta causa le sucedieron. Y sea el primero el que le pasó estando en su primera misión y pueblos de Nío y Ocoiroi, donde le sucedió que indios engañados del demonio vinieron de mano armada á la Iglesia amenazando con flechas y macanas la muerte al santo varón; oyó el ruido, y entrando en la sacristía se vistió sobrepelliz y estola, y de esta suerte adornado salió á la puerta de la Iglesia y al encuentro é impetu de los enemigos, hincóse de rodillas ofreciéndose por blanco de sus tiros y flechas, y la vida en sacrificio á su Dios, el que se había puesto á estos riesgos por darlo á conocer á estas ciegas gentes. Fué poderosa esta acción de tan valerosa constancia y generoso desprecio de la muerte, que atemorizados los bárbaros, ó con algún superior impulso, como ellos después lo pensaron, volvieron las espaldas sin ejecutar su intento.

En otro riesgo tan peligroso como éste se vió este siervo de Dios, por ayudar á la salvación de los prójimos, porque habiendo de hacer en este tiempo el capitán del presidio de Sinaloa una jornada por orden del Virrey de la Nueva España, al descubrimiento de ciertas minas de plata, de que había noticias que estaban la tierra adentro en unas serranías y asperísimas montañas donde poblaba una nación

gentil llamada Chinipa, fué señalado el Padre Mendes para que acompañara al capitán y sus soldados, y gente de servicio que llevaban, les dijera Misa, y en caso de necesidad les administrara los santos Sacramentos. Pero lo que con más gusto llevaba al Padre en esta jornada, era el pretender en esta ocasión dar noticia de la doctrina del Evangelio á esta gente y ganarla para el rebaño de Cristo. Sucedió, pues, que habiendo entrado en lo áspero de la sierra toda la escuadra con su capitán, y el Padre que iba en su compañía, los chinipas con otra nación que habían tenido noticia de la entrada, no obstante que el capitán los tenía prevenidos, que iba de paz, y que no pretendía hacerles mal alguno, salieron de guerra por los altos de la serranía, y disparando una lluvia de flechas, peñascos y galgas, les cortaron el paso que era estrecho, y se vió á riesgo de perecer toda la gente; y el Padre particularmente que no llevaba armas, ni ofensivas ni defensivas, se hubo de amparar arrimado á unas peñas, y la demás gente en el profundo de una barranca, donde estuvieron algunos días sin tener que comer ni beber, cercados de enemigos; y llegó voz á los nuestros del Colegio de Sinaloa, de que el Padre Mendes era muerto, y le dijeron las Misas y sufragios que usa nuestra Compañía por sus difuntos. Pero guardábalo Nuestro Señor, y sacóle libre en esta ocasión con su particular providencia, para otras muchas obras que le quedaban de su divino servicio. Y las naciones que aquí salieron quiso Dios que algunos años después las viese el Padre Mendes, para su consuelo, convertidas á nuestra santa fe y de las de mayor cristiandad de la Provincia.

Peligro también grande de perder la vida fué en el que se vió este varón apostólico, con una furiosa avenida y creciente repentina del río de Sinaloa, que inundando los campos llegó al pueblo de Vacayoc que doctrinaba, y donde al presente se hallaba el Padre, y sobrepujaron con tan impetuosa corriente su pobre casa y la iglesia, las aguas, que le obligaron á salir de prisa con los niños y mozos que servían en ella, á guarecerse él y ellos subiendo á ramas de árboles, donde hubieron de permanecer tres días y noches porque no se los llevarán las corrientes, y sustentándose con un poco de maíz tostado que algunos indios les traían medio nadando; ocasión fué ésta en que se vió el Padre á grande riesgo de ser anegado.

Para otros riesgos y peligros en que el Padre Pedro Mendes, no una, sino muchas veces ofreciese á Dios su vida, le tenía su divina Providencia guardado; porque después de los referidos, y doctrinando la nación Tehueca (de suyo muy alentada y belicosa), aunque en ella doctrinó y enseñó muchos buenos cristianos, pero en ella también halló muchos de los más famosos hechiceros de la provincia, los cuales como endemoniados ó familiares de los demonios, aborrecían al que predicaba la doctrina del Evangelio tan encontrada con sus diabólicas artes, y por esto trataron de armarle con disimulación una emboscada en un camino para quitarle la vida; y lo hubieran conseguido, si Dios con su particular providencia no hubiera atajado los perniciosos intentos de gente tan endemoniada y falsa. Porque con color de que querían librar á su Padre Pedro Mendes de un alboroto que en el pueblo se había levantado, se ofrecían los mismos que lo habían levantado á sacarlo libre en esta ocasión por un camino que fuese seguro, y éste era el mismo donde le tenían armada su celada. Pero como

dispone Dios que entre malos haya también buenos, y entre infieles otros muy fieles, no faltaron algunos de estos que dieron aviso al Padre del riesgo que corría su vida. Era ya de noche cuando le dieron aviso, y cuando los enemigos lo apresuraban con color de que se pusiese en cobro, y no era sino para quitarle la vida y ponerse ellos en huida, temiendo al capitán del presidio que por entonces paraba con sus soldados en un fuerte cercano. Aquí el siervo de Dios recurrió á pedir (como lo solía hacer en semejantes casos) su divina luz y amparo. Pasó toda la noche en su iglesia, parte en oración y parte animando á algunos fieles que consigo tenía. Oyó Dios sus oraciones en que le pedía que amparase su rebaño, inspirándole que por ningún caso se fiase de aquellos falsos indios; á los cuales, finalmente, dejó burlados tomando otro camino, por donde en compañía de algunos de sus fieles llegó al fuerte de Montes Claros, donde en este tiempo paraba el capitán con sus soldados, y donde el siervo de Dios se amparó mientras se quietaban estos alborotos, causados de hechiceros é idólatras que estaban muy irritados porque el Padre les quitaba sus idolatrías y diabólicas artes y embustes.

A cualquiera ánimo acobardara la ingratitud de estos indios, para no volver á experimentar tantas veces lo obstinado de sus corazones. Pero como el ánimo de este santo Padre era superior al miedo y á la muerte, no dudó volver y oponerse á la violencia de los bárbaros y á la cruel astucia del demonio, que viéndose vencido y afrentado de su constancia, otra vez armó la crueldad de sus ministros los hechiceros, y por estos á otros fingidos cristianos, que como no podían sufrir la cura de sus paternales reprehensiones, y como eran de encanecidas conciencias, como frenéticos miraban á su médico como á su más pernicioso enemigo, y lo que debían atribuir á su dolencia lo achacaban á la medicina, y de esta suerte pretendieron quitar otra vez la vida del cuerpo, al que por todos caminos procuraba darles á ellos la verdadera de sus almas. Porque habiendo vuelto el Padre Pedro Mendes á uno de los pueblos de esta nación, con deseo de conservar en cristiandad muchos buenos cristianos que en ella había, y estando una noche encerrado en la casilla de su morada en compañía de dos soldados que le habían dado de escolta, la cercó un tropel de los inquietos indios, enemigos de la ley de Dios y de su ministro que se la predicaba, á quien los bárbaros habían sentenciado á azotar, flechar y cortar la cabeza; pero siendo sentidos de los soldados españoles, y principalmente atemorizados por la virtud de Dios que amparaba y guardaba á su fiel siervo, se volvieron sin ejecutar su maldad y turbados de su mala conciencia.

Grandes y evidentes fueron estos riesgos de que Dios sacó libre la vida del Padre Pedro Mendes, pero no es menor otro que queda por contar, en que vió á sus ojos el martirio que deseaba, aunque se contentó Nuestro Señor con el generoso ánimo con que tantas veces por su gloria había puesto á estos riesgos su vida, como le sucedió en el caso que se sigue, que aunque le tengo referido en nuestra Historia de los triunfos de la fe, no podemos excusarlo cuando escribimos todo el discurso de la vida de este varón apostólico. El caso fué, que administrando el Padre Mendes su última misión de los Sisibaris, crió y trajo en su compañía un mozo que servía de sacristán en la iglesia, y aunque al principio procedía virtuosamente, degenerando después

de la virtud con que se había criado, se enlazó en unas torpes aficiones, no sólo con grave daño, sino también con ofensivo escándalo del pueblo. Túvole el Padre preso en un aposento, más para reprimirlo y corregirlo que para castigarlo. Pero el mozo con un diabólico furor, estando el Padre diciendo Misa á su pueblo, que todo él estaba congregado en la iglesia, rompiendo las prisiones y saliendo furioso del aposento entró en la iglesia, y acometiendo al Padre que estaba en el altar le asió de la casulla y dió con él en tierra, levantó el brazo, y con un cuchillo carnicero que llevaba, le tiró una puñalada tan violenta, que sin duda le quitara al Padre la vida, á no asirle del brazo un mancebo que estaba ayudando á Misa. Acudieron á la defensa los que estaban en la iglesia, y habiendo puesto en prisiones al agresor los mismos de su nación, se lo llevaron al capitán, el cual lo sentenció á ahorcar para escarmiento de aquellas naciones, y castigo de caso tan atroz contra la reverencia que se debe á cosas sagradas, y como tal maldad y atrevimiento merecía. Y según todo lo referido, quién podrá contar las veces que ofreció á Dios su vida un tal ministro suyo, que gastó casi cuarenta años andando por extender su gloria en medio de tantos y tan evidentes peligros? Y fueron innumerables las veces que él supo que los enemigos de Cristo á quien él predicaba le tuvieron sentenciado á muerte; y con todo, no volvía las espaldas, ni en tantos años desamparó el campo, ni huyó el rostro al enemigo, enarbolando el estandarte de la Cruz de Cristo, entre naciones fieras que no le habían conocido; acción no menos gloriosa que la del martirio.

Finalmente, en confirmación de los deseos que este predicador del Evangelio tuvo de dar la vida por la fe de Cristo, podemos referir aquí lo que pasó cuando los superiores estando en México le ordenaron que volviese á Sinaloa á dar doctrina y bautizar á la nación del río de Mayo que era gentil, en esta ocasión sacó por condición lo que mostró su ánimo de no huir de los riesgos, de derramar su sangre por Cristo. Y la condición fué, que en caso de alzamiento ó motín de indios alzados (que no pocas veces sucede en estas empresas), el superior de Sinaloa no le obligase á salir de entre sus indios, ni retirarse al presidio de la villa, como en otra ocasión habían obligado á los Padres misioneros. Demás de esto, á uno de siete pueblos que asentó en el río de Mayo, que se llamaba en su lengua Cuirimpo, le dió por titular al glorioso mártir San Sebastián, y envió á México á que le pintasen un retablo del santo; lo uno, para que lo venerasen por titular de su iglesia; lo otro, para ponerles delante, y quizá traerles á la memoria que había santos en la cristiandad que habían muerto con flechas, arma de que ellos tanto se precian y género de muerte que otros indios como ellos habían dado á otros santos misioneros en Sinaloa, como escribimos en nuestra Historia de los triunfos de la fe. Y aunque por ventura podría parecer haber sido celo indiscreto éste, pero bien debemos entender haber tenido muy recta intención el Padre, y no de provocar y dar atrevimiento á alguna mala facción á indios, á quienes enseñaba la doctrina de Cristo y por cuya salvación se ponía á tales riesgos; y con la imagen del glorioso San Sebastián, quería tener delante de los ojos el género de muerte que sin culpa suya él deseaba y otros santos desearon, y le podían dar aquellos bárbaros en caso que engañados del demonio permitiese Dios que le quitasen la vida.

§ VI.

De su salida última de misiones para la Casa Profesa de México, y excelentes virtudes de este apostólico varón.

Andaba Dios con su fiel siervo, como á porfía, deseando éste cada día morir mil veces por la gloria de su fe y en testimonio de su amor, y Dios, con su paternal providencia, conservándole la vida en medio de tantas muertes. Viendo el Padre que no la merecía violenta á manos de los enemigos, pidió tres veces licencia para volverse á la Provincia, para tenerla siquiera sosegada en la comunidad de la vida religiosa y á los ojos de sus hermanos; las dos primeras veces que por su edad y enfermedades salió de Sinaloa, y vino á la Casa Profesa de México, donde trabajaba con gran fruto, pareciéndole se sentía ya con nuevas fuerzas y con renovado espíritu, pidió volver, y volvió de nuevo, caminando cada vez de venida y vuelta más de seiscientas leguas por tierra; hasta la tercera y última vez, cuando ya ni las fuerzas, ni la edad, ni la salud, pudieron seguir el paso de sus fervorosos afectos y deseos de la conversión de la gentilidad.

Trazas eran todas de la divina Sabiduría, que por este medio quería manifestar á las atenciones de los que vimos y tratamos al Padre, el rico tesoro de virtudes de que tenía adornada su alma, y de que solos habían sido testigos hombres bárbaros, que no sólo estimar, pero ni aun advertir sabían los primores de su espíritu, ni las perfecciones de su vida apostólica, que fueron tantas, que no sólo de ejemplo sino también de admiración pudieran servir á los más atentos. La ocasión de venírsenos esta última vez á la ciudad de México y Casa Profesa, fué la mucha edad que el Padre tenía, pues era á la sazón de 80 años, y una llaga horrible y casi incurable que tenía en una pierna y le estorbaba poder andar y emplearse por sí solo en los ministerios de las misiones. No obstante que aun en su última edad trabajaba en ellas como mozo, supliendo el vigor de su espíritu la flaqueza y dolores de su cuerpo.

Buen testimonio de esta verdad es lo mucho que trabajó en su última misión de Sisibotaris, distante de la villa de Sinaloa ciento veinte leguas, donde en solos cuatro años fundó tres pueblos de hasta noventa vecinos casados, que congregó y sacó de las sierras, montes y quebradas donde antes vivían divididos y esparcidos, doctrinándolos é imponiéndolos tan bien en las cosas de la fe, que, como ya dijimos, le causaba no pequeña admiración al Padre que después le sucedió en el cuidado y celo de aquella cristiandad.

En esta última jornada de su peregrinación y vida dió mayores llamaradas de fervor y santidad, como la candela á los últimos tercios de su luz. Vino por toda la jornada continuando su apostólico empleo, predicando con gran fervor y confesando con incansable asistencia en lengua mexicana y española; llegó últimamente á la Casa Profesa, deseado término de su descanso y habitación que eligió para la quietud de su espíritu. Y en ocho años que aquí vivió fué un raro ejemplo de todas las virtudes, que constituyen esencialmente á un religioso y tuvo en perfectísimo grado. Fué más que de hijo el cariño que tuvo á la santa pobreza, de que fueron testigos las menos que precisas alhajas

de su aposento, y si alguna vez le enviaban sus penitentes algún regalo, pedía licencia y distribuía con los enfermos, ó con los que le parecía merecerlo mejor por el trabajo que tenían en predicar; su comida la de la Comunidad, como quien tantos años en las misiones supo sentir continuos efectos de pobreza é incomodidades, sustentándose de viles y groseros manjares, y muy de ordinario de yerbas, donde su vestido era una junta de remiendos de paño grosero y muy gastado; su cama una jerga doblada, y cuando mucho una frazada; la casa en que vivía, una choza, y aun las iglesias eran pajizas, para que todo oliese á la santa pobreza que tanto en su corazón estimaba. La mayor parte de la limosna que cada año le enviaban como á misionero, empleaba, ó en el culto divino ó en el sustento de los indios pobres; y estaba tan despegado de las comodidades de esta vida, que la memoria de cosas necesarias que suelen enviar los misioneros al Procurador de Provincia para que les avie de ellas, pedía á alguno de los Padres misioneros que se la hiciese, porque él no sabía de lo que necesitaba; pareciéndole á su pobre y humilde espíritu que le sobraba todo.

Su castidad fué con una angelical emulación purísima, y lo que en esta parte excede todo encarecimiento, es: que habiendo gastado 37 años y lo más vigoroso de su edad en las misiones, viviendo solo y entre gente desnuda, y que al paso que es bárbara también es maliciosa, y siendo el Padre de un natural muy amable y apacible trato para con todos, jamás se notó en él la menor indecencia, ni se dijo palabra de él que pudiese inducir la menor sospecha contra su muy religioso recato. Tal era el que con sus sentidos traía, en especial el pacto, ó por mejor decir, el imperio sobre sus ojos; pues siendo ya tan anciano cuando estuvo en la Casa Profesa, y confesando muchas señoras principales, sin exceptuarse á las más pobrecitas, era tanto el cuidado que traía sobre sus sentidos, que se acusaba con gran dolor y vergüenza en sus exámenes, si alguna vez sin reparar se le iba la vista á mirar á alguna al rostro.

Esta sujeción de la carne al espíritu, premio fué de la de su voluntad á la de los superiores por la obediencia, no sólo en la ejecución de sus órdenes expresas, sino también de la insinuación de sus mandatos. Tenía tan grande respeto, que aun en lo exterior era necesario ordenarle se cubriese en su presencia, comunicándoles aun las cosas mínimas de su alma y esperando de sus respuestas (que como oráculos divinos veneraba) la dirección de todas sus acciones, y tanto, que las muy espirituales y de que sacaba todo el aprovechamiento de su espíritu, como era el decir Misa, porque los Superiores, atendiendo á sus muchos achaques y años, le ordenaron los últimos días de su vida no la dijese, les obedeció al punto con gran prontitud de ánimo, queriendo antes faltar á su espiritual consuelo, que contravenir ni mostrarse menos indiferente á la ejecución de sus órdenes.

Estos y otros muchos ejemplos nos dejó de las virtudes esenciales, acerca de los tres votos comunes de cualquiera religioso; añadió á ellas las que forman un perfecto profeso de la Compañía, y un misionero apostólico, todo dedicado al bien y salvación de las almas, en su modo de proceder para con Dios, para consigo y para con los prójimos.

Para con Dios fué muy pío, venerándole como á Señor y amándole como á Padre; celaba con religiosa entereza su honra, mostraba cuan-

do convenía lo rígido de su celo, y ocultando lo suave de su condición si veía en nuestra iglesia algún hombre hablando con alguna mujer, aunque fuesen personas de autoridad ó parientes muy cercanos los reprendía, advirtiéndoles que estaban en el templo y casa de Dios, y reconviéndoles con el ejemplo que debían dar y á que estaban obligados; este mismo celo le comía las entrañas para desterrar el culto de los idolos, las supersticiones y hechicerías cuando estuvo entre gentiles que doctrinaba, y se abrasaba como el Apóstol cuando sucedía algún escándalo en alguno de los recién convertidos; y temeroso fuese por su culpa, pagaba con las rigurosas penitencias de su cuerpo lo que merecían los delitos de sus prójimos.

Todo este celo era hijo del amor tan tierno que tenía á su Dios, y del aprecio que hacía de un Señor tan grande, granjeado con el trato familiar que con su divina Majestad en la oración tenía. Era la del Padre Pedro Mendes continua, sin que las ordinarias ocupaciones de sus ministerios le quitasen á Dios de los ojos, porque los ponía en los que trataba, como en criaturas suyas redimidas con su sangre y llamadas á la vida eterna. Antes de venir de su última misión á la Casa Profesa, asistió en una estancia del Colegio de la villa de Sinaloa, y allí en una huerta labró una ermita donde estuvo un año entero, gastando todo este tiempo en oración y contemplación, sin tener cama en que dormir y sin regalo alguno, siendo de 80 años de edad; grandes actos eran estos, pero inferiores á su fervor, que no sólo en cosas tan grandes, sino también aun en las muy menudas, mostraba la piedad para con Dios y su Santísima Madre. Tenía en su aposento viviendo en la Casa Profesa, una imagen del *Ecce Homo* y otra de la Santísima Virgen, á quienes siempre que entraba en su aposento saludaba con tiernísimo afecto, rezándole al Salvador la antifona *Adoramus te Christe, etc.*, y á su bendita Madre la de *Sub tuum praesidium*; y en siendo tiempo de flores llevaba de la huerta las más hermosas, poniéndoselas á estas santas imágenes y ofreciendo en aquellas flores los frutos de su reverencia y amor. Brotando éste como fuego del corazón á la boca, hablando siempre que se ofrecía de Dios en todas sus conversaciones, con tanta ternura, que no pocas veces la manifestaban las lágrimas.

§ VII.

Prosiguen otras excelentes virtudes que resplandecieron en el Padre Pedro Mendes.

Al paso del amor y piedad que tuvo el Padre Pedro Mendes para con Dios, fué estremado el rigor y aspereza que tuvo para consigo; siempre trató á su cuerpo como enemigo mortal, sin procurarle alivio; la comida vil, el vestido roto, los cilicios continuos, las disciplinas crueles, estando ya tan viejo que ni aun andar podía, ni aun valerse de las manos para el uso de sus acciones, sólo parece que las tenía para maltratarse y herirse. Admirados tenía á los que vivían junto á su aposento de la Casa Profesa el rigor con que se disciplinaba, oyéndose á largo espacio los golpes de la disciplina; lo mismo pasó en nuestro Colegio de San Pedro y San Pablo de esta ciudad, hallándose en una

Congregación Provincial que los hermanos estudiantes con edificación y curiosidad advertían, y se admiraban de estas penitencias tan rigurosas, que para un cuerpo sano y robusto aún eran excesivas, cuánto más en un anciano y tan lleno de llagas de pies á cabeza, ocasionadas de la enfermedad que le quitó la vida, que no tenía parte de su cuerpo que no estuviese llagada. Rara vez se desayunó, y si tal vez le obligaba la necesidad se desayunaba con un poco de pan, y alguna fruta ó cosa semejante que le daba el dispensero; cuando podía decía la Misa muy tarde, en especial los días de concurso de confesiones, que después de oídas todas celebraba con tanta devoción y espacio, como si éste solo fuera el único empleo de su vida; guardó este estilo todo el tiempo que estuvo en las misiones, añadiendo otros ejercicios, como era el predicar, hacer cantar la doctrina á los indios, contarlos por si faltaba alguno, y después de todos estos ministerios decía la Misa, para que ninguna forzosa ocupación le estorbase el dar gracias por largo espacio con igual fruto y con sobreabundantes dulzuras de su alma; y esto por los últimos años, cuando en la última misión no podía andar sino con muletas por las llagas que le tenían las piernas hechas una criba. No menor penitencia puede llamarse el continuo tesón de acudir á todas las cosas de comunidad cuando vivió en ella, como si fuera el más mozo de toda la casa, aun cuando los Superiores le excusaban por sus achaques y años de semejantes ejercicios; jamás usó de privilegio ni nunca le quiso admitir, siempre contento con lo que le daban, y pareciéndole que aun eso no lo merecía.

Eran tantos y tan graves los dolores que padecía, tantas las llagas de su cuerpo, que no había instante en que no sintiese particular y excesivo dolor, en especial de las llagas de las piernas, que al descalzarse tenía las medias pegadas y era vivísimo el dolor al quitárselas cada noche; llevábalo el Padre con una tan admirable constancia, que parecía alegría en él la paciencia. Dióle Dios á beber el cáliz de sus amigos tan hasta las heces, que murió en sumo desamparo, como después diré; y vivió estos últimos años tan sin consuelo humano y tan á secas, que parece solicitaba Dios algunos no procurados descuidos en las personas que le acudían, para mayor aumento de los dolores del Padre y para más ilustre corona de los vencimientos de sí mismo: el único consuelo con que regalaba su alma en medio de tantos dolores eran las palabras del Apóstol: *Non sunt condigne passionis huius temporis ad futuram gloriam, que revelabitur in nobis*, las cuales escritas en un papel que en la pared de su aposento tenía, é impresas en el alma, le servían de antidoto á sus aflicciones y de consuelo á su paciencia.

Este fué el estremado rigor que el Padre Pedro Mendes ejecutó para consigo; no era así para con los prójimos, antes tan compasivo y tan blando, que parecía otro diverso hombre por el recato en sus palabras, y más si podían tocar en murmuración. A todos tenía un entrañable amor, no sólo á los de casa, sino también á los de fuera, solicitando su bien y procurándole por todos los caminos. Empleo fué éste no sólo de los últimos años de su edad, sino de todo el discurso de su vida, recabando de los corazones más obstinados la mudanza y arrepentimiento de las suyas; era tan eficaz su suavidad, que parecía tener imperio sobre sus voluntades. De este deseo del bien de los prójimos nació en el Padre aquella valerosa constancia con que, sin parecer sujeto

á cansancio perseveró tantos años en las misiones, padeciendo increíbles trabajos, necesidades, peligros, desamparos, sin humano interés, y aun á veces sin agradecimiento. El sainete de sus penas era sólo el bien de las almas; éste le hacía los cansancios, alivio; las hambres, sustento; los intolerables calores, muy llevaderos; los peligros, seguridad; las persecuciones, quietud; y las muertes, vida. Tenía, entre otras, una llaga horrible é incurable, mayor que la palma de una mano, que le impedía el poder sentarse sino de lado, sin ser bastante para que no estuviese las mañanas enteras oyendo confesiones, con dolores muy agudos como si estuviera en un paraíso de deleites, porque á la verdad todos los suyos libraba en reconciliar con su Dios las almas de sus prójimos. Para este fin pidió al Superior le pusiesen el confesonario en público dentro de nuestra Iglesia, que también le servía de oratorio oyendo todas las Misas con notable devoción y ternura, y estando como buen soldado en su puesto para socorrer á cualquiera alma que acosada de sus vicios quisiese llegar á sus pies por el remedio. Aconteció no pocas veces, entrar algunas bien necesitadas sin intento de confesarse, y en viendo al Padre Pedro Mendes en el confesonario, moverles Dios el corazón, preparar y llorar sus culpas, y echarse á sus pies para confesarlas.

De este confesonario también hacía púlpito, continuando el fruto que con sus sermones hizo siendo de menos edad. Tenía gran talento, y al paso de la gracia con que predicaba era la eficacia con que movía, y de un sermón á otro duraba en el auditorio de los españoles el sentimiento y provecho, confesándolos casi á todos después del sermón. Pero los que le arrebataban el corazón eran los indios, á cuya conversión y provecho dedicaba todos sus pensamientos y palabras. Veía desde este confesonario las procesiones de sangre de estos pobrecitos, tanto más aceptas á Dios, cuanto desnudas de toda pompa y vanidad, aquí era donde con fervorosos coloquios los animaba en su lengua á la penitencia y á la satisfacción de la divina justicia, llorando el santo Padre muchas lágrimas, al paso que derramaban sangre los penitentes: este modo de aplacar á Dios con procesiones de sangre las Semanas Santas, instituyó el Padre en todos sus partidos, yendo en la procesión predicándoles y animándoles con gran fervor y con apostólico celo, y después de ella se azotaba cruelmente dentro de su casilla, como lo notaban y admiraban los mismos indios. Pero qué mucho solicitase al fin de su vida la espiritual de estos pobres, el que luego que llegó de España á México, la misma tarde buscó libro de la Doctrina cristiana en lengua mexicana y la empezó á estudiar sólo con este fin. En la cual lengua no sólo salió idóneo Ministro para entenderlos en las confesiones, sino también muy diestro predicador para instruirles.

Todas estas virtudes y heroicos actos de celo de la religión cristiana, de fervor apostólico, de observancia religiosa, de amor de Dios, de rigor consigo y de caridad con los prójimos, le ganó entre españoles é indios el nombre de Padre santo, y los mismos de la Compañía le veneraban como á tal, pidiendo alguna de sus alhajas para venerarlas por reliquias; en especial un Padre misionero solicitó alcanzar algún escrito de su mano, como instrumento de tantas obras y Ministro de tantos bautismos. Nada se ensoberbecía este santo varón con el aplauso y opinión de su santidad, antes obraba todos estos actos de virtu-

des con tanta sinceridad y humilde llaneza, que aun él mismo no las conocía, teniéndose por el más imperfecto religioso é indigno de vivir en compañía de sus hermanos.

§ VIII.

Del fin de la vida y santa muerte del Padre Pedro Mendes.

A este colmo de santidad llegó el Padre Pedro Mendes, al tiempo que Dios le disponía un glorioso fin y una quieta y deseada muerte; tuvo sin duda más que ordinario conocimiento de que se llegaba la hora de su eterno descanso, y así ocho ó diez días antes, estando una noche ayudándole á desnudar un Padre de casa, advirtió que hacía algunas extraordinarias diligencias de devoción, poniéndose al cuello un relicario, y descolgó una imagen de un Crucifijo que tenía á la cabecera, besándole con afectuosa ternura y encomendándose á él con grande amor y confianza. Después le dijo al Padre: «cuando yo me muera, sepa vuestra reverencia que aquella caja que allí está es de una persona seglar;» y finalmente, hizo tales demostraciones, que entendía el Padre que lo asistía que aquella había de ser la última noche más clara que el día para las delicias de su alma.

Llegóse al fin el día de Santa María Magdalena, y habiendo el Padre confesado y comulgado su víspera, y pasado aquel día como los demás, y recogido á acostar la noche de él, yéndose á levantar (como se colige del modo como fué hallado su santo cuerpo) cayó de la cama y se lastimó gravemente el rostro; y estaba ya tan sin fuerzas, que ni las tuvo para dar voces y avisar á algú Padre de los vecinos, y viéndose caído en el suelo, y afligido por no poderse levantar, por lo menos levantó el brazo é hizo con los dedos de la mano izquierda una Cruz, y con esta agonía, desamparo y dolor, dió su bendita alma, sin que persona de casa lo llegase á entender ni á imaginar; hasta que entrando en su aposento lo hallaron en quietud y cerradas las ventanas y en el suelo ya muerto; levantáronle y pusieronle en la cama, y súpose la triste é inopinada nueva que dejó á todos lastimados, y también admirados de ver que el brazo le tenía levantado en alto, formada la Cruz con los dos dedos de la mano; besáronse algunos, movidos, lo uno de la santidad del Padre, lo otro admirados de tan extraordinaria y santa demostración; y aunque se hicieron diligencias por bajarle el brazo y componerle los dedos, nunca se pudo, hasta que se los ataron para ponerle el cáliz en las manos.

De esta misma suerte fué hallado el santo Padre Gonzalo de Tapia, muerto en Sinaloa á manos de bárbaros infieles por la predicación del Evangelio, el cual, habiendo quedado después de muerto levantado el brazo, y hecha con los dedos de la mano la Cruz, jamás pudieron los bárbaros, ministros de su muerte, ni bajársela ni cortársela, como lo intentaron, con una hacha, cuyos golpes quedaron señalados en el santo brazo, triunfante y victorioso con el estandarte de la Cruz. Sucesor fué (como ya dijimos) el Padre Pedro Mendes, de este santo mártir, y devotísimo imitador suyo; pues apenas martirizado el uno entró el otro en su partido con el mismo fervor y espíritu de convertir aquella gentilidad, y con los mismos deseos de perder la vida por su Dios.

No quiso su divina Majestad cumplirle estos deseos de parecerse á su santo antecesor en el martirio, pero quiso igualarle en ocuparle en la misma empresa, y en las circunstancias de la muerte levantando el uno y el otro el trofeo de la santa Cruz, por cuya gloria y dilatación murió aquel y vivió éste, y aunque murió con tanta brevedad y desamparo, bien podemos decir que no murió de repente el que tantos años anduvo desafiando á la muerte, y tantas veces se puso á ser asaeado y muerto por la gloria de su Dios y salvación de las almas, y por enarbolar el trofeo de la santa Cruz en tantas iglesias como las que dedicó; y aun en los caminos, selvas y montes por donde caminaba; y en los últimos aientos de la vida y después de muerto no parece cesaban en estos deseos; y entre las agonías de la muerte cuidaba de exaltar y levantar la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, que toda su vida había predicado. Enterróse en nuestra Iglesia de la Casa Profesa con gran sentimiento y lágrimas de los que le conocían, y con no menor aprecio de su santidad, cuyos actos referían con una dulce y tierna memoria. Murió el año de 1643, á los 88 de su edad, 70 de religión y 50 de profesión de cuatro votos, varón de grandes merecimientos, y que nos dejó grande seguridad con sus heroicas virtudes de que goza en el Cielo del premio de sus grandes merecimientos.

CAPITULO XXVI.

VIDA, VIRTUDES

Y DICHOSA MUERTE DEL PADRE DIEGO DÍAZ DE PANGUA.

AÑO 1631.

Razón tenemos para poner aquí consecutivamente, á la vida del venerable Padre Pedro Mendes, la de otro grande sujeto, que aunque murió primero que él, pero por su medio quiso Dios Nuestro Señor traerle á la Compañía y darlo á esta nuestra Provincia de Nueva España; el cual la ilustró con sus letras, y edificó con sus muy religiosos ejemplos de sus grandes talentos y aventajada virtud. Este fué el Padre Diego Díaz de Pangua, cuya entrada en la Compañía fué guiada de la Divina Providencia por consejo y devoción del Padre Pedro Mendes, y del modo que aquí diremos: Nació Diego de Pangua en la villa de San Martín de la Nueva Vizcaya, reino de la Nueva España, hijo de muy honrados padres que lo enviaron á estudiar á la ciudad de México, y para su mayor aprovechamiento en virtud y letras, entró á ser colegial en el Colegio de San Ildefonso que está á cargo de la Compañía; aquí le dió Dios deseos de entrar en ella, aunque para ponerlos en ejecución le detenían dos cosas: La primera, el haber hecho voto de entrar en la religión de San Francisco; y lo otro, la cordedad natural le atajaba para dar parte de estos sus deseos á otro alguno, ni aun al mismo Padre que lo confesaba. Hasta que un día, habiendo comulgado, se determinó de hablar al Padre Pedro Mendes que entonces tenía á su cargo la sala de colegiales donde vivía Diego de